



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año II | Número 4 | Marzo 2021

La vida en la mira

Miguel Escobar ¹

americaenperspectiva@gmail.com

¹ Licenciado en Filosofía por la Universidad del Salvador, San Miguel. Profesor de enseñanza secundaria, Normal y Especial en Filosofía por la Universidad del Salvador, San Miguel.

Duda razonable

Si bien este término fue acuñado en el ámbito jurídico y utilizado para garantizar los derechos elementales a favor de los reos, en este momento quiero usar el mismo en un sentido filosófico, ético, antropológico y científico. Filosófica porque es función de esta pensar la totalidad de las cosas y comprometerse con la realidad en la que está inmerso el sujeto pensante, es decir, el filósofo. Y la realidad o una porción de la realidad que nos toca vivir hoy es la que se cuestiona lo siguiente: aborto sí o aborto no.



Biológica y científicamente el ente por nacer es un ser humano cuya existencia se inicia en el momento de la concepción y por ende, tal como lo garantiza la Constitución Nacional Argentina, es sujeto de derecho. Interrumpir este proceso es aniquilar a un ente único e irrepetible con sus infinitas posibilidades. En otras palabras, es un asesinato. No obstante, aunque la Academia Nacional de Medicina afirma que la vida comienza en el momento mismo de la concepción, hay algunas personas que se declaran escépticos a esta verdad científica. La duda de estas personas no es un medio para buscar la verdad, sino más bien para negar autoritariamente una verdad científica y protegida por la Constitución Nacional y los Tratados Internacionales.

En este sentido es inadmisibles matar a alguien por la simple razón de tener dudas con respecto al método científico que afirma lo que algunos se niegan a creer/ver. Dudar de un método no es suficiente para afirmar su contrario, solo se puede afirmar lo contrario cuando se demuestre que es así. En este caso, si se desconfía del método científico que afirma que la vida humana comienza desde el momento de la concepción no alcanza con dudar, hay que demostrar científicamente que la vida humana no comienza en el momento de la concepción.

Acá es donde entra en juego el principio de la duda. No podemos, como humanidad, cometer lo que podría ser el mayor genocidio de la historia alegando como argumento principal la duda. La duda siempre a favor del reo, en este caso, siempre a favor de esa persona humana inocente. Así haya un 99% de probabilidad que la vida humana no comience con la concepción, ese 1% restante de “duda” es suficiente para no legalizar el asesinato de niños inocentes e indefensos.

Cuando hablo de 99% y 1% de probabilidad me refiero a la investigación científica, a lo que en filosofía llamamos *Episteme* no es algo que nos juntamos a comer algo y opinamos porque nos da las ganas, pero sin fundamentos científicos. Me refiero a la *Episte*, no a la *Doxa*.

No tenemos derecho a matar a miles de niños (miles de abortos) por el solo hecho de que no estemos 100% seguros de en qué momento comienza la vida humana. Es tarea nuestra proteger la vida y prolongarla, garantizar una buena calidad de vida para nuestros semejantes, no aniquilar nuestra especie. Si decimos que hay personas humanas que podemos matar entonces olvidémonos de los Derechos Humanos universales. Los Derechos Humanos son Universales, porque son inherentes a la dignidad humana por el hecho de ser persona humana, sin importar en qué calidad o condición se encuentre la misma y es nuestra responsabilidad (Imperativo Categórico, Immanuel Kant) garantizar, velar porque estos Derechos se cumplan.

La vida: fenómeno y noumeno² a la vez

Sin vida no hay nada y esta antes nada es una cuestión metafísica que nos atañe a todos. Si nos detenemos un momento a pensar en el evento de la concepción/gestación nos daremos cuenta que había millones de posibilidad y nosotros éramos una posibilidad en ese millón y por alguna razón, que escapa a nuestra decisión y racionalidad, nos tocó a nosotros. Este hecho en sí mismo ya merece horas de pensar críticamente y llegar a algunas conclusiones parciales. Es un hecho metafísico que escapa a toda

² En la filosofía de Immanuel Kant, aquello que es objeto del conocimiento racional puro, en oposición al fenómeno, objeto del conocimiento sensible (Real Academia Española).

racionalidad. Digo que es un hecho metafísico que escapa a toda racionalidad por lo siguiente: en el instante que surge este nuevo ser autónomo, en el momento de la concepción lo mostrado científicamente hasta el momento, ya se encuentran en él las cargadas genéticas que el futuro llegaran a su consumación. En el instante mismo en que se fecunda ya no hay discontinuidad hasta el momento de su muerte, de modo que “interrumpir” ese continuo es matarlo. Es el mismo, aunque no sea el mismo en cada etapa de su devenir. El ser se dice en acto y en potencia.

La vida es un don, es algo que nos es dado gratuitamente. Pero como no sabemos apreciar las cosas que “las conseguimos gratuitamente” no valoramos este regalo tanpreciado e invaluable. La vida es un don no un derecho. A partir de la vida, a partir de que acaece este evento histórico tengo derechos como persona humana (tengo derechos porque soy un ser viviente). Tengo derecho a sobrevivir, es decir, a no ser asesinado.

La vida es muy frágil, el humano es tan endeble que si no se dan ciertas condiciones cosmológicas (esto lo explican los biólogos y los físicos) no puede sobrevivir ni un segundo en la tierra. Además nuestro planeta es el único que “accidentalmente” tiene todas las condiciones dadas para que haya seres vivos. Si sucediera una catástrofe terminal no sobre-vivíamos porque no hay ningún lugar a donde ir. Pero en el día a día vivimos sin pensar ni siquiera un segundo en esto.

Nadie tiene derecho a la vida, es justamente a la inversa, porque tenemos vida tenemos derechos. Partiendo de acá podemos reclamar el derecho a un buen vivir, a una vida buena, a una vida plena pero es otro tema que nada tiene que ver con decir que tengo derecho a la vida. Así también como nadie tiene derecho de arrebatarse la vida a otro ser humano.

Entre los entes hay uno que es especial (Heidegger) porque se pregunta por su ser. Aquí entra en acción algo que cotidianamente ni lo registramos: la razón. La razón es la encargada de garantizar los cuidados pertinentes para que la vida sea lo más plena posible. La razón nos lleva a reflexionar sobre el sentido de la misma, sobre su origen, nos lleva a crear técnicas que nos

permitan ser cada día más felices y tengamos acceso a lo necesario cada vez más fácil.

Y la cara negativa de la razón es que la podemos usar en contra de la vida. Podemos crear técnicas que favorezcan a unos pocos y dañifiquen a la mayoría. Podemos usar la razón en contra de la humanidad, podemos utilizarla y exterminar pueblos, naciones, etnias, niños inocentes etc. Podemos utilizar la razón como un simple medio para ganar dinero, pero sin tener en cuenta el cuidado de la vida.

La vida acaece, se da, es un don. Cuando tomamos conciencia de que somos ya nos encontramos en ella. La razón es “la herramienta” por la cual podemos hacer cosas en favor o en contra de la vida. Además un elemento fundamental a tener en cuenta es que siempre somos un-nos-otros. No existe el yo solipsista. Desde el momento de la concepción dependemos de otro (vientre materno), somos un ente dentro de otro ente. No podemos cerrarnos en el *ego-centrismo* porque es condenarnos a la muerte. Siempre necesitamos de otra persona humana que nos interpele, que nos cuide, nos brinde servicios en un movimiento pendular de ella hacia mí y de mí hacia ella.

El comienzo de la vida, científicamente es desde el momento mismo de la concepción, pero metafísicamente hablando tiene su origen mucho antes. Hay tres formas de explicar nuestro universo y su origen: los que creen en Dios, creyentes; los que niegan a Dios, ateos y los que no encuentran elementos suficientes para optar por ninguno de los anteriores, son los agnósticos. Cada persona, que se encuadre en cualquiera de estas opciones hace metafísica. Al hacer metafísica inmediatamente afirma que la vida comienza mucho antes que “el momento de la concepción”.

Para el creyente Dios creó el universo y todo lo que habita en él, lo que acaece no es una mera casualidad sino que está pensado por Dios y en Dios pensar y hacer es lo mismo. Dios en su infinita sabiduría nos eligió a todos y nos creó, en otras palabras, para nosotros es “casualidad” haber nacido y sobre todo haber nacido aquí y ahora, pero en el proyecto divino ya

estábamos pensado desde el principio de los tiempo. Nuestro ser fue creado mucho antes de la concepción.

El ateo “cree” en el Big Bang, es decir, en la gran explosión que aún se sigue expandiendo. En esa pequeña partícula ya estaba cargada toda la energía de lo que hoy es. En otras palabras, nuestro cosmos tal como lo vemos, nosotros no somos mera casualidad de ahora, más bien somos frutos del devenir consumiéndose de esa carga de energía que comenzó con una minúscula partícula y aún se sigue expandiendo. O sea, la vida de cada uno no comienza en la concepción, sino que comenzó en el momento mismo de la gran explosión.

El agnóstico sabe que hay cosas que conoce (fenómenos) y hay otras que no puede conocer (noumeno). No niega ni afirma a Dios porque no puede mostrar su existencia o su no-existencia. Solo puede hablar, afirmar o negar de las cosas que se presentan pero no de su esencia. Para poner un ejemplo y dentro del tema que acá se trata, el agnóstico reconoce que científicamente la vida humana comienza al momento de la concepción (eso sería lo fenoménico), pero no puede negar que esa vida humana ya haya estado potencialmente en el Big Bang o en el proyecto Divino en el principio de los tiempos (lo noumeno, lo que no puedo conocer a ciencia cierta)³.

Trascendencia humana

Manteniendo la línea argumentativa de los dos puntos anteriores, es innegable el derecho en tanto persona humana a ese ente por nacer, a partir de la concepción, en tanto que es Otro infinitamente Otro y no mero adjunto del cuerpo de la mujer que lo alberga temporalmente.

El Otro, niño por nacer, en sí mismo cuenta con esa trascendencia interior que escapa a toda racionalidad argumentativa y comprensora que podamos ensayar para aniquilarlo. Esta trascendencia intrínseco hay que verla hacia atrás en el tiempo ontológico y también hacia el futuro. Si bien el momento mismo en que emerge un ente autónomo, con cargas genéticas propias

³ Sobre esta caracterización (ateo, creyente y agnóstico) me explayaré en otro artículo donde hablaré específicamente de estos tres conceptos, de sus límites, alcances y saltos epistémicos.

únicas e irrepetibles, es el momento de la concepción hay un paso previo y es la unión de dos entes distintos.

Previo a esa unión de dos entes distinto está la infinita posibilidad de que estos se encuentren y consuman el acto y así dar impulso a un nuevo ente que ya existía en parte y como posibilidad/potencia en cada uno de los dos. En este sentido, la vida humana es previa a la concepción, es una realidad escatológica.

Es constitutivo del ser humano e irrenunciable esta trascendencia interna y junto con ella su libertad que no puede ser utrajada por ningún Otro bajo ninguna circunstancia. Si asesinamos a alguien desaparece con él su trascendencia interna y sus infinitas posibilidades.

Al aprobar el asesinato estamos olvidando lo que en esencia nos hace ser seres humanos y volvemos así a nuestro estado animal. Todo se vuelve relativo, aniquilamos a los Derechos Humanos Universales y tendremos que vivir como viven los animales en la selva, porque cualquiera nos puede arrebatar nuestra vida en cualquier momento por el solo hecho de que nos les agradamos o somos una carga o una incomodidad para su desarrollo.

Responsabilidad ética

No toda opinión es válida, incluso el que opina que toda opinión es válida no respeta a todas las opiniones, pero ese no es el punto. Es importante separar el respeto por todas las personas y el respeto a sus opiniones, en otras palabras, toda persona merece ser tratada como tal y debe ser respetada, pero eso no significa que haya que respetar sus opiniones si éstas están erradas o son un absurdo.

Hago esa diferencia porque considero que es algo muy importante y a menudo no se tiene en cuenta, por tal motivo en discusiones de ideas se cae continuamente en la falacia ad hominem. Estoy atacando una idea con otra idea, pero no a las personas. Si una idea es buena y ayuda al desarrollo pleno y magnánimo de los seres humanos hay que cogerla, promoverla y enseñarla.

Hago esta distinción porque creo que parte de nuestra responsabilidad ética para con todo Otro es la educación. Entonces, en este sentido, es inevitable enfrentarnos y debatir ideas, cuando digo debatir quiero decir que sea en base a datos, a fundamentos científicos, fundamentos racionales y dudas racionales no mero caprichos. Porque es en este diálogo donde voy aprendiendo y enseñando, de aquí surge la verdad y nuevas limitaciones para llegar a ella.

La responsabilidad ética es idealmente recíproca pero en la práctica cotidiana no tanto, porque somos humanos y por ende contingentes, imperfectos y en muchos casos actuamos más egoístamente que altruistamente. Pero cuando más conocemos, nos educamos y practicamos la responsabilidad ética iremos avanzando un paso todos los días, en caso contrario iremos retrocediendo todos los días. Es un paso por día, para delante o para atrás, pero el resultado al cabo de un tiempo prolongado será magnífico o devastador.

La responsabilidad ética no debe ser una mera teoría en el aire, y con esto no estoy tratando de negar la gran importancia que tienen las ideas y la gran influencia que ejercen sobre la sociedad, más bien debe ser una práctica cotidiana. Caemos así en la vieja, pero actual, regla de “no hagas a los demás lo que no te gusta que te hagan a vos”.

En este movimiento pendular de responsabilidad la maduración, la superación de la ignorancia (la caverna), ampliar el conocimiento para diversificar las elecciones a tomar y saber fundarlas depende de nuestro compromiso para con el Otro. Si miramos para el costado, si quedamos callados no solo no estamos asumiendo nuestra responsabilidad ética sino que además somos cómplice por omisión de las aberraciones que las demás personas vayan a cometer sobre nuestra especie.